

APROXIMACIÓN A LOS MODELOS PSICOLÓGICOS EXPLICATIVOS DE LA CONDUCTA ANTISOCIAL

Juan Piña Batista

Doctor en psicología de la educación. Profesor-investigador del Departamento de Psicología en la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de Cádiz.
juan.pinia@uca.es

Recibido: 18 abril de 2015
Aceptado: 15 mayo de 2015

Resumen

El presente trabajo analiza y expone las diversas teorías y modelos explicativos de la conducta antisocial, sin plantear alternativas entre ellas sino de modo inclusivo. Se exponen los modelos que se inclinan por el aprendizaje del comportamiento antisocial. Asimismo se abordan las características individuales que pueden predisponer a esa conducta, a saber: la extraversión, neuroticismo y psicoticismo, la impulsividad, la demora de la gratificación o la búsqueda de sensaciones y la baja autoestima. Se aborda también la exposición de diversas causas psicosociales implicadas en el comportamiento antisocial.

Palabras clave: Conducta antisocial, predicción delincuencia.

Abstract

This paper analyzes several frame theories and explanatory models of antisocial behavior, without raising alternatives including but considering all as an inclusive way.

Models of learning antisocial behavior are discussed. Extraversion, neuroticism and psychoticism, impulsivity, delay of gratification or sensation-seeking and low self-esteem are different variables considered in this model. The individual characteristics that may predispose this behavior are also addressed. The exposure of several psychosocial sources involved in anti-social behavior is also described.

Keywords: antisocial behavior, delinquency prediction.

La conducta antisocial se aprende

La formulación de Bandura (1987) apunta hacia la visión que el comportamiento antisocial no es un modelo de la conducta desviada sino un modelo de aprendizaje de la conducta humana en general. Se realza así el papel de la imitación y de las expectativas de la conducta (Mirón y Otero, 2005; Bandura, 1987). Este autor diferencia entre los momentos de adquisición de un comportamiento y la posterior ejecución o mantenimiento.

No obstante el modelo más compartido en la explicación del comportamiento antisocial es la versión del aprendizaje social formulada por Akers y sus colaboradores (Mirón y Otero, 2005), según la cual, en ese aprendizaje intervienen los siguientes factores:

- a. Asociación diferencial con personas que muestran comportamientos y hábitos antisociales.
- b. Adquisición de definición evaluativa favorable al comportamiento antisocial.
- c. Reforzamiento diferencial de sus comportamientos antisociales.
- d. Imitación de modelos.

Características individuales que predisponen a la conducta antisocial

Los trabajos de investigación a cerca de la conducta antisocial han puesto de manifiesto la relación entre estas conductas y factores indi-

viduales (Redondo, 2008) como lesiones neurológicas, baja actividad del lóbulo frontal, baja activación del Sistema Nervioso Autónomo, respuesta psicogalvánica reducida, baja inteligencia, Trastorno de Atención con Hiperactividad, alta impulsividad, propensión a la búsqueda de sensaciones y al riesgo, baja empatía, alta extraversión y locus de control externo (Romero, Sobral y Luengo, 1999).

Extraversión, neuroticismo y psicoticismo

Los planteamientos teóricos de Eysenck (1976) en torno a la conducta antisocial se enlazan estrechamente con la estructura de la personalidad. Considera la interacción de tres dimensiones temperamentales, la denominada “triada” de Eysenck (Romero, Sobral y Luengo, 1999); Redondo, 2008), a saber: el continuo extraversión, la dimensión neuroticismo y la dimensión psicoticismo.

El continuo extraversión sería resultado de una activación disminuida del sistema reticular y se manifestaría psicológicamente en la búsqueda de sensaciones, impulsividad e irritabilidad.

La dimensión neuroticismo, sustentada en el cerebro emocional, se muestra en una baja afectividad negativa ante estados de estrés, ansiedad, depresión u hostilidad; es decir un alto nivel de emotividad y escaso control afectivo.

Mientras que la dimensión psicoticismo, resultado de los procesos neuroquímicos como la dopamina y la serotonina, se manifiesta en características personales como una baja sensibilidad social y alta agresividad. Las personas altas en psicoticismo responderán a unos perfiles caracterizados por hostilidad, frialdad afectiva, impersonalidad, crueldad, resultando enigmáticas, solitarias y faltas de empatía.

Eysenck constata que los individuos involucrados en conductas antisociales tenderán a ser individuos con altas puntuaciones en estas tres dimensiones. Es decir, los individuos con elevada extraversión, bajo neuroticismo y alto psicoticismo tendrían mayores dificultades

para una adquisición eficaz de la conciencia moral, en cuanto inhibidora del comportamiento antisocial (Milán, 2001).

La impulsividad

Otra línea de investigación ha puesto de relieve la relación entre el constructo impulsividad y el comportamiento antisocial (Alcázar-Córcoles, 2010). Así como ocurre con otros constructos psicológicos, éste término se ha utilizado con connotaciones y sentido diverso. Aquí vendríamos a referirnos con el término a elementos como la falta de inhibición conductual, la inmediatez y espontaneidad del comportamiento, la ausencia de reflexión previa a la conducta, la poca resistencia a los impulsos internos y la escasa consideración de las consecuencias de las propias acciones.

Wilson y Herrnstein (1985) han resaltado el interés de la variable impulsividad en la explicación del comportamiento antisocial. Estos autores parte de la concepción de que el comportamiento antisocial es el resultado de un proceso de elección racional, en el que la persona tomará en consideración tanto los beneficios como los perjuicios asociados a sus opciones conductuales; es decir, consideran que la conducta estará siempre determinada por sus potenciales beneficios y desventajas.

La demora de la gratificación

En el análisis de la relación entre impulsividad y comportamiento antisocial, los mismos autores ponen de manifiesto que en esa relación interviene también otros constructos, como la demora de la gratificación (o perspectiva temporal); es decir la capacidad del individuo para demorar la gratificación y posponer la satisfacción de los deseos más inmediatos a favor de recompensas más distantes aparece estrechamente asociada a la capacidad de control conductual (Romero, Sobral y Luengo, 1999).

Vivencia individual de estrés y tensión

En ese mismo sentido, una perspectiva clásica en psicología es la hipótesis que conecta la experiencia de frustración con la agresión, mientras que una formulación más moderna ha puesto de relieve la conexión entre las vivencias de tensión y la propensión a la conducta antisocial, señalándose la siguiente secuencia explicativa de la relación entre estrés y delito (Garrido, Stangeland, Redondo, 2006):

- a. Algunas fuentes de tensión pueden afectar a las personas, entre ellas destacan la imposibilidad de lograr objetivos sociales positivos, ser privado de gratificaciones que posee o espera, y ser sometido a situaciones adversas ineludibles.
- b. Como reflejo de esas tensiones, se generarían en el sujeto emociones negativas que como la ira energizan su conducta en dirección a corregir la situación.
- c. Una posible acción correctora contra una fuente de tensión experimentada es la conducta antisocial.
- d. La supresión de la fuente alivia la tensión y de ese modo el mecanismo conductual utilizado para resolver la tensión se consolida.

Las investigaciones en torno al comportamiento antisocial revelan, también, que está influida por la necesidad de buscar estimulaciones intensas y novedosas y por el deseo de experiencias estimulantes. La atracción por el riesgo o por experiencias existentes y la incapacidad para tolerar lo monótono o rutinario parecen formar parte de la red de rasgos de la personalidad proclive a la conducta antisocial.

La búsqueda de sensaciones

Existe una cierta convergencia entre las investigaciones sobre las bases biológicas de la búsqueda de sensaciones y los trabajos sobre los fundamentos explicativos de la impulsividad.

Zuckerman (1974) manifiesta que la impulsividad, búsqueda de sensaciones y psicoticismo podrían enmarcarse dentro de una disposición de personalidad más global, denominada “búsqueda de sensaciones impulsiva no socializada” (Romero, Sobral y Luengo, 1999).

La autoestima

Una débil autovaloración puede estar en la base del comportamiento antisocial. Las conductas antisociales se alimentan de la “autoduda” y de una baja autoestima (Romero, Sobral y Luengo, 1999). Pero son los planteamientos de Reckless (1961) sobre la “teoría de la contención” y los de Kaplan (1982) con su teoría de la desviación los que en mayor medida han subrayado la importancia de la autoestima en el origen del comportamiento antisocial.

Estos planteamientos se fundamentan en la concepción de que la naturaleza humana se encuentra intrínsecamente ligada a un “motivo de autoestima”, es decir, a comportarse de modo que se propicie una autovaloración positiva, evitando sentimientos de autodevaluación. Cuando el individuo atraviesa una historia de experiencias negativas dentro de su grupo de pertenencia (p. ej. rechazo familiar, fracaso académico, etc.), se generará en el sujeto un sentimiento de autorechazo que puede conducir a lo que Kaplan (1982) denomina una “exacerbación del motivo de autoestima” o propensión a emprender comportamientos fuera de los espacios convencionales, que le permitan reponer la autoestima perdida. Aumentará así la posibilidad de compromiso con grupos alternativos y a desarrollar conductas inadaptadas.

Aspecto psicosociales de la conducta antisocial

Los análisis de la conducta antisocial han resaltado también otras dimensiones psicosociales de los comportamientos que nos ocupan, relacionadas con las relaciones afectivas y emocionales de los individuos.

Los vínculos sociales

Fue Hirschi (1969) quien postuló que existe una serie de contextos principales en los que los jóvenes se socializan: la familia, la escuela, el grupo de amigos y las pautas de acción convencionales, tales como las actividades recreativas o deportivas.

El enraizamiento a estos ámbitos se logra mediante cuatro dinámicas complementarias (Mirón y Otero, 2005):

1. El apego, o lazos emocionales de admiración e identificación con otras personas. El ambiente familiar, y en concreto los padres, serían los principales agentes de apego.
2. El compromiso, o grado de asunción de objetivos y metas sociales. La escuela y el logro escolar, desempeñan en este sentido un papel fundamental.
3. La participación o amplitud de la implicación del individuo en actividades sociales positivas (escolares, familiares, laborales...). La involucración en actividades convencionales encaminadas al logro de prestigio social y que, comúnmente, se realizan en compañía de individuos semejantes.
4. Las creencias entendidas como aceptación de la validez moral del sistema de valores sociales establecidos.

Cuanto más intenso sea cada uno de estos elementos de vinculación social más probable será el comportamiento social adaptado e integrado y menos probables las conductas antisociales.

En esta perspectiva el origen de la conducta antisocial reside precisamente en la ruptura de los anteriores mecanismos de vinculación en uno o más de los contextos sociales aludidos (Mirón y Otero, 2005).

El “locus de control”

Esta dimensión hace referencia básicamente a las creencias de los individuos sobre la relación causal entre sus conductas y los resultados subsiguientes.

Este constructo, descrito originalmente por Rotter (1975), vendría a denotar el grado en que nos percibimos como responsables o agentes de los refuerzos (recompensas y castigos) que tienen lugar en nuestra experiencia vital.

“Cuando un individuo percibe que sus resultados son contingentes a su acción debido a factores tales como su propia habilidad, capacidad o esfuerzo nos encontramos ante el polo de locus de control ‘interno’. Si, por el contrario, el sujeto no percibe un nexo de contingencia entre sus comportamientos y los eventos de reforzamiento, hablaríamos de locus de control *externo*” (Romero, Sobral y Luengo, 1999).

En el primer caso, locus de control interno, nos encontraríamos con sentimientos de responsabilidad y control personal sobre los acontecimientos. Por el contrario, el locus de control externo, supondría la creencia que son factores como la fortuna, el destino o la influencia de otros poderosos los que dominan los sucesos personalmente relevantes.

La creencia de los individuos con locus de control externo respecto a su incapacidad para dirigir sus vidas se asociaría con perfiles de baja autoconfianza y con comportamientos desadaptativos.

El desarrollo moral

Las formulaciones de Kohlberg (1981) a cerca del desarrollo moral y su relación con la conducta antisocial son las más ampliamente aceptadas sobre este constructo (Gatti, 1995).

Partiendo de las visiones de Piaget, Kohlberg, plantea tres niveles en el desarrollo moral de los sujetos. En cada uno de estos tres niveles distingue el autor dos estadios.

El primer nivel preconvencional o premoral: la conducta moral viene motivada por el miedo al castigo y por la gratificación inmediata. En este nivel las normas son acatadas según se derive de ello satisfacción de los propios intereses. Bien y mal son juzgados en base a las consecuencias negativas o positivas de los actos para el propio sujeto.

El primer estadio de este nivel viene determinado por la obediencia incondicional a los adultos y el temor a ser castigado. En el segundo estadio comienza a emerger la idea de una cierta recompensa.

En el segundo nivel, convencional, lo moralmente aceptable estará en función de la aprobación y desaprobación de los otros, primero en el ámbito familiar y posteriormente en el grupo de amigos. Satisfacer las expectativas del grupo al que se pertenece será considerado como el criterio de positividad moral.

En este nivel se distingue un primer estadio, en el que la aprobación del grupo de pertenencia adquiere un valor determinante; y un segundo estadio en el que ese lugar viene a ser ocupado por el orden social constituido.

El tercer nivel o postconvencional viene caracterizado por la asunción personal de principios y valores morales independientes de orden social constituido.

En el primer estadio de este nivel bien o mal vendrán definidos en función de la utilidad social y a través de un consenso colectivo. En el segundo estadio del nivel postconvencional, según, la valoración moral de los actos se hará según unos principios y valores universales, afirmando de manera incondicional la dignidad de la persona humana, como principio supremo.

La maduración moral del individuo produce, pues, una evolución desde una conducta moral heterónoma a una conducta moral autónoma. Kohlberg (1981) afirmaría que la conducta antisocial podría ser causada por una detención del proceso de crecimiento y maduración moral.

Turiel, sin embargo, tras sus investigaciones sobre el conocimiento social infantil, planteó algunas modificaciones sobre los planteamientos de Piaget y Köhlberg, encontrando que los niños pequeños

razonan sobre asuntos sociales con una comprensión mayor que la enunciada por estos autores (Turiel 1983). Postula así que, por lo menos desde los cuatro años los niños son capaces de distinguir entre acontecimientos y normas sociales de naturaleza diferente y valorar la importancia de las normas o la gravedad de transgredirlas según el ámbito al que pertenecen (Nucci y Turiel, 1978). Así los niños podrán aceptar la posibilidad de modificar costumbres, pero no la de normas que prohíben la violencia o daño a otra persona.

Asimismo, Turiel plantea que el pensamiento social infantil no está dominado de manera exclusiva por acatar la autoridad y las reglas, sino que los niños pueden manifestar límites en el poder de la autoridad y puede juzgar de manera crítica sus mandatos en el caso en el que éstos puedan parecerles injustos.

Las teorías de Turiel defienden que el niño no mantiene una única orientación hacia todas las acciones y experiencias, sino que las interpreta y organiza en tres dominios conceptuales diferenciados: el personal, el socio-organizativo (o convencional) y el moral. En cada uno de estos dominios regirán unos principios específicos.

El dominio personal marca la legitimidad de elegir o decidir de manera personal (elección de amigos, preferencias de ocio, forma de vestir). Desde pequeños, los niños muestran inclinaciones positivas hacia las personas y hacia las normas y también manifiestan conductas de oposición y resistencia a algunos aspectos de las costumbres y normas culturales. Así empiezan pronto a construir, según Turiel y sus colaboradores, el dominio o jurisdicción de lo personal (Nucci y Turiel, 2000).

Los dominios de convencional y moral remiten ambos a sistemas de regulación de la convivencia entre personas, pero difieren en su naturaleza. Las convenciones son formas de conducta que coordinan la vida social pero susceptibles de ser alteradas sin perjuicio de la convivencia. Las normas morales garantizan la integridad y los derechos de las personas y no son alterables de manera arbitraria.

Los estudios de Turiel y sus colaboradores muestran que los niños empiezan a construir muy pronto estos dominios de juicio social, valorando de modo diferente los acontecimientos y normas morales y los de índole socioconvencional. Ciertamente la comprensión de las convenciones está sujeta sucesivas reorganizaciones evolutivas (Turiel 1983), pero la mayoría de los niños entienden que asuntos tales como las formas de trato, los modales en la mesa, las expectativas de género, etc., son convenciones sociales derivadas del consenso y cuya obligatoriedad es relativa

Turiel sostiene que el niño es capaz de hacer consideraciones morales (como la injusticia en la decisión del padre) y distinguirlas de otras razones (pragmáticas, como evitar el castigo). Cuando se plantean situaciones en las que no hay conflictos entre componentes morales y no morales, los pequeños son capaces de juzgar las acciones de acuerdo con el ámbito al que pertenecen. Lo que progresa con la edad, pues, es la capacidad para considerar los distintos aspectos de una situación y resolver los conflictos que se producen entre estos.

Las teorías y modelos elencados de manera sucinta y sintética no suponen explicaciones alternativas y excluyentes de la conducta antisocial, sino modos diversos de aproximación a la misma, que pueden coexistir como modos complementarios de aproximación a las conductas sociales desadaptadas.

Todo fenómeno complejo precisa de diversas aproximaciones para su análisis y profundización. La complejidad del comportamiento antisocial también origina que su explicación no pueda ceñirse a una sola teoría y a su exposición se han dedicado estas páginas.

Referencias

Alcázar-Córcoles, M. A., *et al.* Neuropsicología de la agresión impulsiva. *Revista de Neurología* 50.5 (2010), pp. 291-299.

- Bandura, A. (1987). *Teoría del Aprendizaje Social*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Hirschi, T. (1969). *Causes of delinquency*. Berkeley (EEUU): University of California Press.
- Kaplan, H. B., Martin, S. S. & Robins, C. (1982). Application of a general theory of deviant behavior: Self-derogation and adolescent drug use. *Journal of Health and Social Behavior*, 23, pp. 274-294.
- Nucci, L. y Turiel, E. (1978). Social interactions and the development of social concepts in preschool children. *Child Development*, 49, pp. 400-407.
- Reckless, W. (1961). *The Crime Problem*. 3ª edición. New York: Appleton-Century-Crofts, INC.
- Redondo Illescas, S. (2008). Individuos, sociedades y oportunidades en la explicación y prevención del delito: Modelo del Triple Riesgo Delictivo (TRD) en *Boletín criminológico* 108, pp. 1-4
- Romero, E., Sobral J., Luengo, M. A. (1999). Personalidad y delincuencia. Entre la biología y la sociedad. Granada: Grupo Editorial Universitario.
- Rotter, J. B. (1975). Some problems and misconceptions related to the construct of internal versus external control of reinforcement. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 43, pp. 56-67.
- Turiel E. (1983). *El desarrollo del conocimiento social. Moralidad y convención*. Madrid: Debate.
- Wilson, M. R. & Herrnstein, R. J. (1985). *Crime and human nature. The definite study on the causes of crime*. Nueva York, EE. UU.: Simon & Schuster.
- Zuckerman, M. (1974). The sensation seeking motive. En B. A. Maher (Ed.). *Progress in experimental personality research* (vol. 7, pp. 79-148). Nueva York, EE. UU.: Academic Press.